

María Luisa Bombal:

“La Historia de María Griselda”

Por Ignacio Valente

665.354

Bien puede calificarse este relato — cuento con trazas de novela, casi *nouvelle* a pesar de su brevedad— como un subproducto de “La amatajada”, siempre que en este término no se vea nada peyorativo. Pasa María Griselda, que en las páginas de la ya célebre novela hace una o dos apariciones fugaces —es la novia de la protagonista y la mantiene aislada, casi secuestrada, en un lejano fundo del sur—, cobra en este relato vida propia, corporeidad, presencia trágica, belleza terrible y, aunque apenas aparece en escena, se la siente por todas partes a través de esas influencias totales, de esas emanaciones telúricas que poseen las mujeres en la narrativa de María Luisa Bombal. Así, pues, este cuento original de 1936 —fue publicado en la revista “Sur”, Buenos Aires— se reedita hoy junto con otro relato antiguo, “Las trenzas”, de 1940, en una modesta editorial llamada “El Observador”, Quiloca, poniendo en evidencia que los años no pasan para los antiguos escritos de esta narradora estupefata, incomparable dentro de su propio país, que es María Luisa Bombal.

La categoría universal que acude primero a nuestra mente a propósito de su manera de narrar es la de poeta. Estos relatos poseen los resacas profundos del poema, de la gran obra lírica. No en el sentido de esas delicadeces “poéticas”, que a veces no son una cosa ni otra, sino en cuanto a que el acercamiento original a la realidad es, en toda su potencia, brevedad y significación, el de la poesía. Su poder alusivo es el mismo: un mínimo absoluto de descripciones y de explicaciones; los seres aparecen en su presencia inmediata, más superidos que desarrollados, casi siempre velados a medias por el misterio de todo lo existente. Aparecen, esa es la palabra: según el privilegio magno de la poesía, se nos presentan de súbito, en función de su efectividad humana, altamente subjetiva, sin necesidad de establecer tediosamente sus conexiones objetivas con el resto de la realidad. El poder de la sugerencia es maravilloso en estas delgadas y enérgicas apariciones que, sin embargo, se pliegan espontáneamente a las exigencias del relato, a su estilo dentro de un argumento, a los recodos de una trama.

En otro sentido cabe también hablar del poder poético de esta prosa: su facilidad para crear atmósferas sutiles, penetrantes, totales. En este relato los per-

sonajes flotan, un tanto desvaídos y enigmáticos; los acontecimientos son leves y casi impalpables; lo dominante es la atmósfera, esa carga oscura de significación que domina todos los eventos, y que en este caso está ligada a la belleza sobrehumana y destructora de María Griselda. Poeta es también esa correspondencia profunda que la autora revela entre los eventos humanos y las fuerzas de la naturaleza, esa secreta armonía de todo lo existente, esa unidad profunda de lo real y, sobre todo, esa extraña afinidad entre el alma de la mujer y el alma del mundo, por llamarla de alguna manera. El enigma de las resonancias cósmicas, de las relaciones invisibles, domina la fuerza expresiva de este relato.

He aquí una muestra, ya en la segunda página. La suegra de María Griselda viene llegando a su fundo del sur. “Un trueno. Un solo trueno. ¡Como un golpe de bengala, como una señal! Desde lo alto de la cordillera, el equinoccio anunciaba que había empezado a hostigar los vientos dormidos, a apurar las aguas, a preparar las nevadas. Y ella recuerda que el eco de ese breve trueno repercutió largamente dentro de su ser, penetrándola de frío y de una angustia extraña, como si le hubiera anunciado, asimismo, el comienzo de algún maléfico para su vida...”.

A partir de ese signo premonitorio, dominante en el relato, se desencadenarán los trágicos eventos alrededor de María Griselda, como una prolongación efectiva de esa señal, como una simple condensación de esa atmósfera siniestra que desde la partida se cierne sobre el relato.

Los personajes femeninos de María Luisa Bombal son extraordinarios. Pertencen a la naturaleza profunda de la creación, a las raíces telúricas del mundo, al espíritu de la tierra, como esa María Griselda amada por todos los seres de la naturaleza, con un amor harto menos trágico en relación al que despierta en los hombres. Las mujeres de esta obra narrativa están constituidas intrínsecamente por el sueño; la ensoñación es la parte fundamental de su realidad, y de ahí su misterio y su levedad impalpable. Hablan poco, no hacen grandes cosas y, sin embargo, la intensidad de su existencia es poderosa, por obra de esa potentísima irrealidad que es su carácter dominante. Su hermosura es siempre la de

una imagen reflejada en el espejo, a punto de desvanecerse.

El hilo de esta historia es bien simple: es la historia de una belleza femenina demasiado intensa para ser benéfica. La hermosura de María Griselda es, a pesar de ella misma y sus buenos sentimientos, un poder destructor, una energía terrible y devastadora, que va por todas partes sembrando la desgracia en el corazón de los hombres. Una filosofía popular y ligera hace aparecer a la belleza de la mujer como factor de felicidad, como un atributo dichoso, como una fuerza bienhechora. Este relato plantea la realidad contraria: la belleza femenina es un poder tan tremendo y ambiguo, que su acción puede ser dolorosa y hasta siniestra, no porque se la use cruel o irresponsablemente para seducir, sino por la fuerza terrible de su propia energía sobrehumana, como esos caros angelitos de Rilke, que son el signo de una realidad excesiva, sagrada, capaz de destruir nuestra débil capacidad de percepción. Es el caso de María Griselda, que siembra por todas partes la infelicidad, porque su belleza es lejana y destructora, insalable, y está más allá de toda posesión, incluso para el hombre a quien ella se entrega.

El ambiente general de este relato es común a todas las obras de la autora, que se inclina por esos medios que ella llama en cierto pasaje el “final de una larga, brillante, poderosa familia, aunque siempre acosada por escondidas pasiones, muertes inesperadas, suicidios”. Se trata del sesgo trágico de las familias aristocráticas, de sus tragedias interiores, de sus desgracias íntimas. Otro tanto ocurre con la segunda de estas obras, “Las trenzas”, que difícilmente puede llamarse relato: es la historia ejemplificada del poder telúrico y mágico de la cabellera femenina, de su consonancia con los poderes más profundos de la naturaleza. Ambos relatos son afines y de una estricta actualidad, a pesar de los treinta y más años que han transcurrido desde su creación. Pueda ser que esta pequeña y modesta edición, acabada muestra del talento narrativo de María Luisa Bombal, ayude a que el día de mañana —cuanto más pronto, mejor— un jurado ecuménico y justo termine por concederle ese Premio Nacional de Literatura cuya omisión es, cada vez más, a medida que pasa el tiempo, un opróbrio para las letras nacionales.

El melancólico, Santiago. 5-XII-1946. P. III

La historia de María Griselda [artículo] Ignacio Valente.

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La historia de María Griselda [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa